

Pueblo literario

cuaderno
de **6**
días

Por
Dámaso
SANTOS



TERMINO NOBOKOV

COMO aquellos turistas del verso gerardino que morían de una enfermedad desconocida, ésta guía sobre el pecho, ha muerto en Suiza, a los setenta y ocho años, este eterno turista —doblado en entomólogo— que fue Vladimir Nabokov. Estamos celebrando por acá —en PUEBLO-Literario publicó sobre él un preciso artículo Eduardo Chamorro— la traducción de su última suntuosa novela —suntuosa imaginada autobiografía, según un crítico francés—, «Ada o el ardor», que tiene en circulación Argos Vergara y que recomiendo encarecidamente —no me den las gracias ni la editorial ni el lector— para este verano, ya que puede llenarlo enteramente (475 grandes páginas). De una enfermedad desconocida ha tenido que ser, como dice su esposa, pues parecía tener de cabecera la fuente de la eterna juventud. En 1973 firma su libro «Opiniones contundentes», que Taurus también había puesto muy frecuentemente en nuestras manos. Una enfermedad, que tenía que representarla el castigo contra algo que Nabokov se empeñaba en mantener y conseguía: la libertad del espíritu y de la creación. De haber seguido vivo y poderoso no sé dónde hubiéramos ido a parar: no habría vitrinas para sus mariposas —alguna especie lleva su nombre— y nos obligaría a seguir pensando que el arte puede subsistir y dominarnos, por encima de todas las contingencias políticas, compromisos y fronteras apoyándose exclusivamente en la imaginación, la cultura, la experiencia de vida y la intimidad. Ni el antiburguesismo romántico ni el mayor remansamiento burgués podrían soñar en llegar a más. Esta última novela, que digo es para Pere Gimferrer un acontecimiento semejante —contando con que el otro tuvo lugar unos años locos— al de la aparición del «Ulises» de Joyce. Y, encima, con recocineo: «Cuando tengo dudas —se recoge en sus «Opiniones» antes citadas— sigo siempre el método de elegir la línea de conducta que pueda desagradar más a los Rojos y a Russell.»

Para él, todo fueron exilios. Pero dorados y espléndidos, como eran los vicios de los paganos, según el regusto de San Agustín. Ruso, de familia noble, se exilia para aprender y por «spleen», luego por necesidad, siempre para encontrarse a su gusto. No se encontraba mal en los Estados Unidos, donde fue profesor, pero ha muerto en Suiza, donde vivía muy contento «de hotel». Exiliado de su lengua para enriquecer el inglés —su poliglótismo le hubiera permitido intervenir en otras también— volvía los últimos años, para reconstruir su obra primera, para seguir estudiando a los escritores rusos, a la lengua vernácula. No le apetecía seguir ninguna corriente, y menos tributar pletisias a los grandes faros. ¡Las atrocidades que dice de Dostoyevski! ¿Pues y de los doctores? —científicos, políticos, filantrópicos—: «Me gustaría repetir que no odio a uno, sino a cuatro doctores: el doctor Freud, el doctor Zhivago, el doctor Schweitzer y el doctor Castro.» Quizá fue el padre sin

sucesión de un aristocratismo resumen y creador, descarado, nostálgico y contestatario.

Le hizo famoso «Lolita». Aceptó resignadamente lo equivoco de esta fama, porque «Lolita», a pesar de todo, le seguía gustando. Pero sus otros títulos, lo mismo las rusas que las inglesas (entre las primeras «Mascara», «Cámara oscura», «El ojo», «La defensa de Luján»; entre las segundas, «Cosas transparentes», «Pálido fuego», «Mira los arlequines») le colocaron en esa cima, contra la que no puedan los regañadientes, de la universalidad absoluta de nuestros días, que, como ha dicho Steiner, comparte con Samuel Beckett y Jorge Luis Borges. Aunque él diga, cuando se lo mencionan: «Ese dramaturgo y ese ensayista son mirados hoy con fervor tan religioso que en el tríptico que usted menciona me sentiría como un ladrón entre dos Cristos. Un ladrón muy alegre, con todo.»

Muy interesante es dentro del mundo en que vivimos su biografía. Mas él prefería —quizá ha de interesar a críticos y a lectores para acabar de entenderle— a la aventura copiosa de su andanza de perpetuo turista la parte más relacionada con su creación: «La mejor parte de la biografía de un escritor no es la crónica de sus aventuras, sino la historia de su estilo.»

LA VUELTA DE VALVERDE, CON SUS ULTIMOS VERSOS

GRAN eco en la Prensa y hasta en la televisión al regreso de José María Valverde. Primero renunció a la cátedra de Estética que desde 1950 ejercía en Barcelona, por solidaridad con los expulsados Aranguren, Tierno y García Calvo, para terminar por marcharse a los Estados Unidos y Canadá. Y regresa cuando nos llega su libro de poemas que publica Barral en Ocnos: «Ser de la palabra». El abandono de la cátedra y España no ha significado nunca ausencia de nuestra vida cultural: en todo este tiempo ha proseguido su hazaña de traductor —Joyce, Rilke— que desde los comienzos fue una nueva iluminación en nuestra lengua de los autores elegidos. Su versión de «Ulises», de Joyce, todavía reciente, con la preciosa guía introductoria de su prólogo, está dando lugar a una lectura redescubridora. Y al mismo tiempo, sus grandes estudios sobre Antonio Machado y Azorín. Y la prosecución de su obra poética que se reúne completa en 1971 con el título «Enseñanzas de la edad».

«Al profesor, al investigador, al traductor, al crítico le ha acompañado siempre el poeta, que llegó poeta al Madrid de posguerra, medio niño, desde su Extremadura. Le ha expresado sustancialmente en su mismidia de hombre en la totalidad del universo; ético, creyente, en diálogo consigo mismo, con las cosas, con la realidad convivencial. Para él la poesía ha sido la toma de posesión del mundo por la palabra, la certidumbre del ser... «Y ya no quiero sino ir hablando, sino manosearlo todo / con palabra golosa, porque ahí está todo en el lenguaje, / y yo mismo llego a ser porque no digo y no me explico, / y voy viviendo al hablar, y alguna vez, / cada muchas palabras, cuando amanece o cuando anochece, / toco la campana gorda del nombre de Dios...» Si, esto es de cuando de su libro de 1949 que le hizo famoso en su muchachez, «La espera». El joven poeta se agrupa no son los de su edad, momento o polémica de garcilasistas o antigarcilasistas, que le resbala, sino con los algo mayores y ya en plena marcha, Luis Felipe Vivanco, Leopoldo Panero, Luis Rosales, los «arraigados», que diría Dámaso Alonso: dulcedumbre, machadiano, éxtasis guilleniano, intimismo cotidiana, religiosidad con inquietud turbadoramente unanuniana. Después, su voz se iría adensando hasta la gravedad. (El desprecio a los encantos líricos corusantes le fue siempre consustancial.)

En su última fase, de la que quiere ser complemento en este último libro, «Ser de la palabra», no digo que se impregne o contagie —en Vivanco se producirá un fenómeno parecido— del realismo social que vive en los años cincuenta y sesenta —y que Castellet consideraba imprescindible, por lo que lamentaba ver a éstos fuera de cuadro—, sino que, muchas veces a punto de sátira, llegaba, por la pura fidelidad a la palabra poética como brújula y conquista de la verdad, a aquello que Trilling recordaba de una conversación de Hemingway: «a lo que nos es imposible no saber». Esta actitud se acentúa —hasta el sarcasmo— en él con el exilio entre palabras ajenas. Hay que nombrar las cosas que no están explicadas o que están mal explicadas, dichas con hablas sustitutorias o alienadas cuando no



es imposible no saber que nos conciernen de una manera radical. La palabra como rectificación y esclarecimiento, como fulcro exacto de la historia que puede acabar por un error estúpido, / sólo por despreciar los decimales... Si; el lenguaje puede estar ro-

bado y su restitución es la justicia: «Todo el lenguaje está comprado por los amos, / les excusa y esconde, y al robado ignorante / le hace más respetuoso ante el vago sistema. / Oid hablar al pobre: su palabra se agacha / ante lo que es comprar, vender, ganar: / con reverencia alude a esas fuerzas temibles / como a dioses que no cabe nombrar siquiera: / no se atreve ni a usar como suyo el lenguaje.»

Dice en las líneas prologales que no le importa que aquí o en lo sucesivo su poesía «se considere más bien "ensayístico", "teórico", "didáctico", "periodístico" o alguna otra cosa análogamente asociada a la prosa dentro de nuestras costumbres y nuestra tradición inmediata». No creo que en estos poemas —con su «Agradecimiento a Cuba» y «Grabación de Salvador Allende», por ejemplo— pretenda un activismo panfletario. Ni por un momento piensa que su poesía pueda, como soñaba Otero, «parar a un hombre en medio de la calle», sino resumirse concentradamente, certeramente en ella, guiado por igual de su voluntad creadora —aquel Baudelaire cristiano del que hablaban sus primeros exégetas— y de su sabiduría expresiva. Más que de los «sociales» creo que de su propio cristianismo ha tomado arranque (como el tan entregado y tan comprometido cristiano y cura, él, si panfletario, el nicaragüense Ernesto Cardenal) ha tomado este rumbo en el que se manifiestan y han de manifestarse multitud de incitaciones, tanto de orden existencial interno como del estar en el mundo. Y, por lo que se advierte en estos poemas, también estético, como lo prueba ese narrativismo o conceptualismo crítico —al que saca muy buenos rendimientos ya un poeta como Fernando Quiñones— de su poema «Repertorio cervantino». (Pasa a la página 23.)

LA VENTANA DE PAPEL

Escribe Guillermo Díaz-Plaja

de la Real Academia de la Lengua



CINCUENTENARIO DEL 27

LOS cincuenta años de la generación de 1927 vienen conmemorados por las gacetas. El tema tiene su complejidad desde el título. ¿Generación del 27? ¿Generación de la dictadura? La opción por uno de los dos epítetos es significativa. Si predomina la primera —año conmemorativo de la muerte de Góngora—, ponemos el acento en la exaltación del poeta del «Polifemo». ¿Es ella lo suficientemente amplia como para atribuirse el estandarte definidor del grupo. Lo ha recordado Rafael Alberti en «La arbolada perdida», cuando dice que el gongorismo no fue total, ni siquiera predominante en un buen período de la eclosión poética del momento: «Por eso en aquel estandarte que tendimos al viento en honor y defensa de don Luis campeaban junto a los colores de la lealtad, los muy soberanos de cada uno. No nos someteríamos a nadie, ni al propio Góngora, una vez ganada la batalla. Que parte de la poesía del ganchudo y peligroso sacerdote de Córdoba viniera a coincidir, al cabo de los siglos, con parte de la nuestra y que la fecha del centenario no fuera provechosa de momento, no suponía ni la más leve sombra de vasallaje. El contagio gongorino fue, además de delirado, pasajero. No pasó casi del año del homenaje. Su marca más visible quedó, sobretodo, en Gerardo y en mí, Honrosa huella. Pero cuando yo terminaba las últimas estrofas de mi «Tercera Soledad (paráfrasis in-

completa)» en honor de don Luis, ya relampagueaban en el cielo nocturno de mi alcoba las alas de los primeros poemas de «Sobre los ángeles».

En efecto, antes de lo gongorino asomaba sus acrobacias al expresionismo tipográfico ultraista y, después, el viento desmelenado del superrealismo. Pero también es cierto que, dentro de la generación del 27 el tema gongorino sería inmemorable, aunque sólo fuera con el recuerdo de esa estupenda «Soledad Tercera de Góngora» (apócrifa) de Rafael Alberti. Digna de recuerdo, también, la graciosa epístola en verso convocando al homenaje que firmaba Gerardo Diego, y en la que quedan trazadas, con gráfica simplicidad, las siluetas de los poetas participantes en el homenaje, que pretendía ser de desagravio a la crítica negativa en torno a Góngora de una parte de los intelectuales españoles, entre los que se incluía a don Miguel de Unamuno, que contestó con un exabrupto, y a Juan Ramón Jiménez, que se escurrió con una evasiva.

Otra cuestión sería la de averiguar los valores de permanencia del homenaje a Góngora. Dejando aparte la admirable tarea de presentación de textos y la difícilísima «traducción» de las «Soledades» realizada por Dámaso Alonso; las antologías de Cossío y de Gerardo, que ahí quedan en su evidente entidad, lo que im-

porta es la brevedad del impacto gongorino en los poetas del 27. Si Góngora empezó siendo una exigencia, una ética estética, que propugnaba un decir alambicado y difícil, y que se convierte en credo minoritario, lo cierto es que, hacia 1930, esta programación se convierte en humo. Un fuerte soplo de aire caliente, acre y humano, devuelve al decir poético una dimensión «natural» que rechaza el decir artificioso. El más brillante de los turiferarios de Góngora, Dámaso Alonso, se declaró muy pronto fatigado de las acrobacias estilísticas del barroco. Góngora vuelve a los libros de texto como un ejemplo de las constantes aristocratizantes que va colocando sus hitos a lo largo de la historia de nuestra literatura.

No. La generación del 27 no fue solamente una generación neogongorina. Su amplitud estilística y su ámbito cronológico aconsejan el título de «Generación de la dictadura». Y no sería difícil establecer una relación entre la ausencia de vida política (con la presencia de una censura rigurosa) y esta orientación de la literatura hacia sus propios juegos retóricos de artificio. El poeta, relegado sobre sí mismo, se entretiene —«monstruo de su laberinto»— en sus magias verbales. Y éste termina siempre en un monólogo obsesivo, en un juego narcisista de espejos, que acaba moviéndose en un aire de perfección irrespirable.

Ciencia y pensamiento

MITO-ADIVINACION-SABIDURIA

La adivinación del futuro se convirtió para los griegos en la forma decisiva del conocimiento. Estrabón cuenta un certamen legendario entre dos adivinos: Mopso adivina los frutos de una higuera salvaje y Calcante se ve cubierto por un sueño de muerte al comprobar la exactitud de la cifra adivinada por su adversario. Otras muchas fuentes de los siglos VIII y VII a. C. atestiguan la proliferación de justas adivinatorias en pos de la sabiduría.

El ojo penetrante que atisba en el futuro está simbolizado por el Apolo délfico. Pero Apolo habla por enigmas; su voz es oscura y grandiosa; su palabra, ambigua. Lejos, también, de la interpretación nietzscheana, Apolo habla la voz delirante de la pitia, la exaltación descontrolada del oráculo: no es el dios de la medida y la armonía, sino la

divinidad de la locura («manía») y el arrebatado extático. En los orígenes de la sabiduría, de forma irremediable, nos topamos con la locura.

UNA FRACTURA METAFISICA

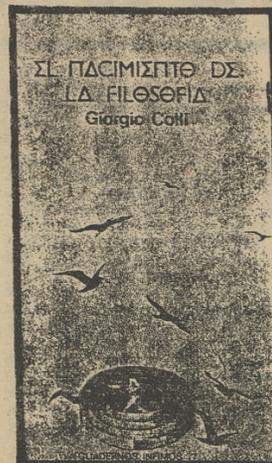
Las anteriores líneas resumen la tesis central de Giorgio Colli en un texto de enorme densidad, a pesar de sus escasas páginas: «El nacimiento de la filosofía» (1). Colli se ha remontado a épocas primordiales y fundacionales, con el fin de rastrear los cordones umbilicales del «logos», y para ello nos propone una reconstrucción, más atractiva y especulativa que sólida y minuciosa, del encadenamiento mito-advinación-sabiduría.

Así como el mito de Dionisos despedazado por los Titanes es una alusión al alejamiento de la Naturaleza, al mundo de la individuación y la multiplicidad discontinua,

Apolo también posee una duplicidad esencial: encarna la ruptura entre el mundo de los dioses y el de los hombres. La palabra es el conducto de la revelación apolínea: hija de la exaltación profética, la palabra se revela enigmática, pero no confusa ni desordenada («nada en exceso»; «conócete a ti mismo»). «El dios indica al hombre que la esfera divina es ilimitada, caprichosa, insensata, carente de necesidad, pero su manifestación en la esfera humana suena como una norma imperiosa de moderación de control, de límite, de racionalidad, de necesidad.»

El autor analiza a continuación la progresiva degeneración profana del enigma. La matriz religiosa es visible en las respuestas del oráculo, ya que el augur es un simple intérprete de la palabra divina. Posteriormente, el enigma se vuelve mortal, al ser planteado por el dios (caso del enigma de la Esfinge) o por sus emisarios (caso del enigma de Homero), y el hombre debe resolverlo, o perderá la vida

J. A. UGALDE



(lo que también sucede en el mito del Minotauro y del Laberinto). Un nuevo paso: dos adivinos luchan entre sí por esclarecer un enigma. Ya no interviene el dios, pero surge un elemento nuevo: el agonismo, o lucha por la vida y la muerte. Una última transformación: desaparece el fondo religioso, el agonismo pasa a primer plano y los hombres combaten por el conocimiento. Ya no son adivinos; son sabios, o se enfrentan para conquistar el título de «sabios».

MISTICISMO, DIALECTICA Y DESTRUCCION

Como cruza la sabiduría el abismo existente entre exaltación pítica y mística y la elaboración de un pensamiento abstracto, racional y discursivo? A juicio de Colli, la razón fue posible gracias a la dialéctica. Entendida en su acepción primitiva, la dialéctica, hija del agonismo, se organiza como una contienda: un hombre desafía a otro a que le responda sobre un contenido cualquiera del conocimiento; el interrogado hace suya una de las opciones de la pregunta que le ha presentado el interrogador, y la función de este último será demostrar la tesis que contradice al interrogado. Así, pues, la discusión fue la cuna de la razón, el crisol de las categorías lógicas y de las sofisticaciones teóricas del pensamiento.

Pero surge un nuevo y grave problema: ¿acaso la razón ofrece un contenido doctrinal y dogmático, un complejo constructivo, un conjunto de proposiciones concretas que se imponen a todos? La respuesta es negativa, según Colli. Desde sus orígenes hay un intento destructivo en la discusión griega: para el dialéctico perfecto la tesis escogida por el interrogado es indiferente, puesto que la refutación sobrevendrá en cualquiera de los casos. Y, puesto que ningún juicio ni objeto escapan de la esfera dialéctica, se sigue que cualquier proposición estará expuesta a la destrucción.

Tras haber analizado las relaciones y el papel de Heráclito con respecto al enigma, Colli señala que la madurez de la dialéctica sobreviene en la época de Parménides y de Zenón, cuyos pensamientos examinará para dar con las claves estructurales de la evolución dialéctica. Tras Zenón, la era de los sabios declina: Georgias, el último de los sabios, eleva la dialéctica a un refinamiento extremo, pero sólo para aumentar la eficacia de su radical nihilismo, para fortalecer su conocida tesis de que «nada existe»; si existiera, sería incognoscible, y si fuera cognoscible, sería inconcuabable. Paralelamente, la dialéctica ingresa en el ámbito público: el refinado marco de los primitivos diálogos es sustituido por la atmósfera de las confrontaciones artísticas y políticas. El lenguaje dialéctico comienza a utilizarse fuera de la discusión; se dirige hacia oyentes que se limitan a escuchar. De esta forma nace la retórica, como vulgarización del primitivo lenguaje dialéctico: en la dialéctica se luchaba por la sabiduría; en la retórica se luchará por una sabiduría dirigida al poder.

(1) «El nacimiento de la filosofía». Cuadernos infimos de Tusquets.

VALLE-INCLAN EN SU TIEMPO

Obdulia Guerrero ha dedicado una buena parte de sus investigaciones de lengua y literatura y de cursos especiales en su actividad didáctica a la figura de Valle-Inclán. Producto de ello es este libro que publica «Novelas y Cuentos», con el título de «Valle-Inclán y el novecientos», al que le seguirá otro, «Valle-Inclán: sus estéticas». Como dice muy bien Celso Emilio Ferreiro en el prólogo, existen muchos libros en torno a Valle-Inclán, y algunos realmente notables. Pero, en su mayoría, son literatura sobre su literatura y su figura humana. Es claro que nunca olvidaremos entre ellos los que escribieron Ramón Gómez de la Serna y Melchor Fernández Almagro. También existe una amplísima bibliografía crítica referida a algunos aspectos de su obra y a la relación de ella con la de otros contemporáneos. Tendríamos que citar una lista enorme de trabajos firmada por los críticos más salientes de cincuenta años a esta parte. Obdulia Guerrero, como ella misma nos dice, pretende, simplemente, una función informativa, global, que pueda ser útil para el estudio objetivo del autor y de su obra. En este volumen describe a Valle-Inclán en su tiempo, como supo verle, y como los otros supieron verle a él. Su trabajo biográfico y crítico, perfectamente ordenado, se enriquece informativamente con la recopilación de las crónicas de los contemporáneos del escritor y cuantos trabajos suyos pudo hallar que no fueron recogidos en



ediciones de sus obras completas, así como sus «primicias estilísticas» anteriores a 1895 en que se fecha «Femeninas», su primer libro. Maneja con exquisito cuidado todas las opiniones importantes sobre modernismo y 98 y en torno al concepto renovador del novecientos, al que la obra de Valle-Inclán va a imprimir una huella indeleble. Si por una parte que nos ofrece aquí una imagen humana e histórica muy cabal del escritor, por otro lado tenemos que agradecer a la autora sus precisiones bibliográficas y, como antes decía, el conjunto de inéditos o remotos escritos de Valle-Inclán, que, prácticamente, figuraban perdidos y que son enormemente reveladores a los propósitos del enfoque propuesto.

C.

LA DESHUMANIZACION DE LA HISTORIA CLINICA EN EL MANICOMIO

La historia clínica puede ser considerada como el núcleo teórico donde se aglutinan las justificaciones de la sociedad para encerrar al loco, espejo doble en el que se reflejan los mecanismos marginadores conducentes al internamiento y las expresiones «técnicas» de la ideología psiquiátrica.

De ahí que José Luis Linares, en «La historia clínica en el manicomio: el pasaporte de la locura», (1) haya centrado su trabajo en la presentación «ordenada y cuantificada de los elementos que componen la trama deshumanizadora de la historia clínica psiquiátrica». El autor indica en la introducción que su texto pretende ser una voz más, alzada contra las complicidades que hacen posible la represión y pérdida de los «derechos humanos» del paciente mental.

Rico y contradictorio documento surgido en la rama de la Medicina, que es la psiquiatría, la historia clínica se apoya en tres tipos de datos: los de la anamnesis (tripode formado por antecedentes familiares, antecedentes personales y enfermedad actual); las exploraciones, que detectan síntomas equiparables a los dictaminados en otros tipos de enfermedad, y los tratamientos, que componen un variopinto y espeluznante abanico de técnicas, como la farmacología, las curas de sueño, las diversificadas terapias, el electro-shock e incluso algunas sutiles técnicas quirúrgicas. Sin embargo —añade el autor— tras esta apariencia científica y homogénea se oculta una realidad bien distinta, una serie de peculiaridades psiquiátricas que revelan el carácter de «cuerpo extraño» de la psiquiatría en el seno de la Medicina. De ello da fe el hecho de que los propios psiquiatras son conscientes de que la realidad del enfermo se les escapa. Las reacciones más comunes ante esta frustración suelen inscribirse en una línea voluntarista que va desde el pseudoracionalismo humanista hasta el pseudoracionalismo científico. En la segunda y dominante de estas interpretaciones se tiene muy en cuenta el proceso de deformación que la actuación del observador provoca y la lógica interna de esta comprensión conduce a un aumento del rigor en la formulación de cuestionarios y entrevistas con la pretensión de llegar a una defor-

mación mínima. Similares procesos de evitación del error diagnóstico se producen en otras formulaciones técnicas o teóricas de la psiquiatría.

Sin embargo, «a lo que nunca se llega es a problematizar el mismo internamiento», señala Juan Luis Linares, ni la misma relación observado-observador. «Los cimietos del equívoco no son, pues, afectados por la crítica.»

DOCUMENTO DE IDENTIDAD DEL ENFERMO

Lo que se plasma en la historia clínica son vidas enteras contempladas desde el punto de vista de una enfermedad en evolución, y siempre más misteriosa y desconocida de lo que la Psiquiatría quisiera reconocer. Desde el punto de vista del enfermo mental, la historia clínica es un completo, decisivo, y generalmente injusto, documento de identidad. Como tal documento, la historia clínica está ideológicamente condicionada en su metodología y en su técnica y ello es visible desde sus orígenes: el patrón de la Edad Media anota los datos correspondientes a cada modo concreto de enfermar; la ordenación de estos datos refuerza las ideologías médicas de la época y, así, resulta comprensible que la teoría de la naturaleza sagrada de la intoxicación por el cornejo de la ceniza o de la naturaleza diabólica de determinadas crisis convulsivas quede reafirmada.

En la actualidad, y a otros niveles, sucede algo similar. Si en nuestra civilización, el hospital psiquiátrico constituye uno de los más sólidos pilares del orden público, sus archivos policiales (sus colecciones de historias clínicas) constituyen una de las más importantes armas de trabajo. Igual que un objeto de experimentación, el enfermo mental va desplazándose a través del aparato del sistema hospitalario, llevando tras de sí una cadena de formularios informativos. Como la doctrina psiquiátrica moderna define las perturbaciones mentales como algo que puede tener sus raíces en los primeros años de la vida, no hay nada en la vida pasada ni presente que se sustraiga a la autoridad del dictamen psiquiátrico: los hospitales institucionalizan dicha competencia y la historia clínica es una de sus expresiones centrales.

Juan Luis Linares

La historia clínica en el manicomio: el pasaporte de la locura

Cuadernos ANAGRAMA

cuya finalidad consiste en mostrar las múltiples razones por las que el paciente es un «insano» y se le mantiene recluido. Descripciones «a priori», interpretaciones de síntomas, en suma «el paciente se halla en un callejón de muy difícil salida, y el terror que suele experimentar ante la posibilidad de que se descubra su intimidad se halla reforzado por la conciencia de que la misma será interpretada peyorativamente.»

«Si se ha elegido como objeto de estudio la versión manicomial de dicha historia clínica, es por ser el manicomio el eslabón fundamental del «cursus horrosum», que es la carrera del enfermo mental.» Sin embargo, existen otros muchos eslabones: el dispensario, la consulta privada, el centro de urgencias psiquiátricas, etcétera. Por ello, sostiene el autor, «tan simplista sería ignorar la capacidad destructiva de un mal ambulatorio o de un taller protegido embrutecedor, como pretender que la alternativa consista en la aniquilación de cualquier dispositivo asistencial público.» Y culmina su aserto, señalando: «cabe afirmar que bajo las condiciones socio-culturales actualmente imperantes en el mundo occidental, todos los caminos psiquiátricos conducen al manicomio.»

(1) «La historia clínica en el manicomio: el pasaporte de la locura», de Juan Luis Linares; Cuadernos Anagrama.

LA POLITICA EN LOS LIBROS

Escribe M. ADOLFO PUJALTE



Enrique Lister, uno de los personajes de nuestra guerra civil con más acentuados ribetes legendarios, en «Memorias de un luchador. Los primeros combates» (G. del Toro, Editor), primer volumen recientemente aparecido de los dos que componen la obra, narra las peripecias de su vida abarcando la rememoración desde su infancia, transcurrida en su aldea natal muy cercana a Santiago de Compostela, hasta su marcha a la Unión Soviética a raíz de la derrota. Antes de pasar a hablar del libro es tiempo conveniente ubicar al memorialista en el actual panorama comunista de nuestro país, con objeto de que el lector comprenda el cariz polémico de estas memorias.

Lister fue miembro de la dirección del P. C. E. hasta 1970, año en que se separó de este colectivo provocando una cierta escisión en su seno. Al año siguiente publica «Basta!», requisitoria contra Santiago Carrillo, a quien acusa de transformar en un partido de corte socialdemócrata a un partido marxista-leninista. Abundando en esta línea funda en 1973 el Partido Comunista Obrero Español, de carácter prosoviético y disidente de los planteamientos doctrinales y tácticos de Carrillo, a quien el veterano guerrillero de la contienda civil considera como un eurocomunista, término que remeda la posición denominada «eurocomunista». La réplica a esta posición ortodoxa, por denominarla de alguna manera, la da el actual secretario general del P. C. E. en su controvertido libro, tan despiadada y unilateralmente leído e interpretado por la redacción de «Tiempos Nuevos» —«Eurocomunismo y Estado»—, cuando señala que nada sería más halagüeño para la derecha reaccionaria española que encontrarse frente a un partido comunista sectario, dogmático e incondicional a Moscú. Realizada esta introducción previa, creo que oportuna, pasemos a analizar el contenido del libro de Lister y a exponer su valores históricos-testimoniales que, por cierto, son muchos.



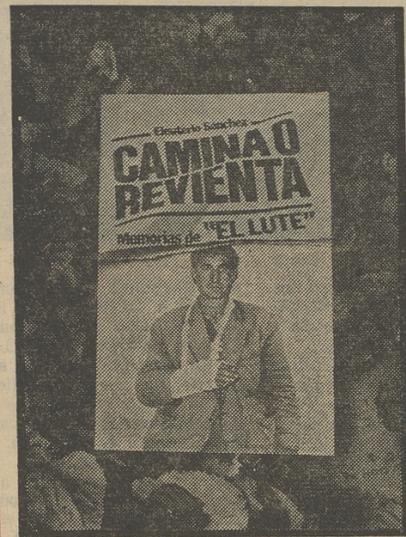
Fue tal el coraje y entrega como caudillo de milicias populares de este hombre que un poeta de la talla de Antonio Machado en su poema «A Lister», escrito con ocasión de la memorable campaña del Ebro, llega a decir lo siguiente: «Si mi pluma valiera tu pistola de capitán, contento moriría.» Hermoso homenaje de un antifascista de la pluma y la palabra a un antifascista de la acción cotidiana y heroica forjada en el fragor de las batallas! Así era don Antonio. Los primeros capítulos del libro están dedicados a sus recuerdos de infancia, adolescencia y mocedad, transcurridos en su aldea natal de Galicia y en Cuba, país al que emigró en 1919, cuando apenas tenía catorce años de edad.

En la patria de José Martí aprendió el oficio de cantero e hizo sus estudios elementales en la escuela nocturna del Centro Gallego. Años más tarde retornó a Galicia, participando en actividades sindicales, lo que motivó que tuviese choques con la Guardia Civil, circunstancia ésta que le impulsó a volver a Cuba en 1927, año en que ingresó en el Partido Comunista de aquel país, en plena dictadura del machadismo. Al siguiente año ingresó en el P. C. E., partido

(Pasa a la pág. sig.)



UN "BEST-SELLER" PARA "EL LUTE"



HABRA camisas, barbas, pantalones, quizá cigarrillos y no sé si desodorantes «el Lute». «Compré Pidival», decía hace pocos días en las páginas literarias de «Le Monde» Poirot-Delpeche. No le importe enfadar a sus amigos, incomodar a su librero, porque la editorial es nueva; que le llamen pesado. El Pidival ese, que suena a medicamento, que se llama Rafaél, trae un humor absolutamente nuevo, de política-ficción, con su libro «Pais Sages». Por aquí la política-ficción no ha entrado en el territorio del humor. (Un poco la novela de Fernando Díaz-Plaja «El desfile de la Victoria», y si se quiere, un ensayo-reportaje ucrónico de Víctor Alba.) Pues bien; imito a Poirot-Delpeche: lea usted «Camina o revienta», las memorias de «el Lute», que acaba de poner en los escaparates Cuadernos para el Diálogo. No es obra, claro está, de un escritor. (Me pregunto ahora que qué es un escritor. Leo que el Ministerio de la Gobernación, desde hoy del Interior, ha rechazado la solicitud de la Asociación Colegial de Escritores. O son ustedes un sindicato de trabajadores por cuenta ajena o un colegio profesional. Pues verá usted, responden mis colegas: no trabajamos por cuenta ajena ni propia, sino que trabajamos para quien lo quiera y para nosotros mismos, ni somos un colegio profesional, porque aquí nadie se establece mediante un título digamos universitario o así, porque el tal título «ni es necesario ni suficiente». Escritor es el que escribe y a él y a los demás les parece bien.) Eleuterio Sánchez, alias «el Lute», ha escrito un libro apasionante. El ha vivido lo que ha vivido, ha sufrido lo que ha sufrido y ha dado en prisión teniendo durante todo el tiempo de su levantamiento a España entera de puntillas. Tanto que voy a contar una buena anécdota, según refiere Torcuato Luca de Tena, en su novela «Señor ex ministro». Iba el narrador, el autor, el propio Torcuato Luca de Tena, que es un personaje de la novela, en coche con el entonces ministro del ahora desaparecido Ministerio de Información y Turismo hablando de sus cosas, y de pronto, el ministro, que lo era Alfredo Sánchez Bella, dijo que estaba la mar de impaciente por saber las últimas noticias de «el Lute», que si podían llamar al «ABC» para enterarse, puesto que el coche del ministro tenía teléfono. Torcuato le dijo que estaba hecho, y llamaron; llamó Torcuato al periódico. Se puso Jesús Revuelta, y contestó a su jefe que se dejara de «Lutes», que la noticia del día era que Sánchez Bella estaba sustituido. El bueno y discreto Torcuato tuvo que añadirle aventuras al célebre quinquí. Lo mismo que el Sánchez Bella pobre —digo pobre por aquella circunstancia— estaba en realidad todo el país. No era, como pensaban algunos maliciosos, un invento del Gobierno del régimen, para tener entretenida a la afición después que se acababa el fútbol, aunque las cosas del bandolero coincidieran con el final de la temporada. Era,

sencillamente, la hazaña de un hombre acosado que se defendía, se ocultaba con ingenio y valor hasta que dieron definitivamente con él. Desde la altiva a la ruin barca estaban de su parte, lo mismo que ha ocurrido con el protagonista del serial televisivo «Curro Jiménez». Si los sociólogos, los historiadores y los poetas han tratado de indagar en los motivos profundos del bandolerismo decimonónico y su prolongación en el siglo XX —Fernando Villalón se entrevistaba con «el Pernales»—, ¿qué no diremos del problema quinquí, que, a decir verdad, todavía no ha tenido literatura ni apenas sociología? (Ha habido un intento socrático en una novela del padre Martín Vigil.) «El Lute» nos dice muchas cosas al respecto. Nacer quinquí, vivir, si eso se puede llamar vivir, quinquí; sentir la persecución de la justicia, porque el quinquí ya nace fuera de la ley, marcado, condenado.

Leyendo estas páginas vemos que Eleuterio Sánchez se ha instruido bastante, aunque no sé si piensa, como temía mi querido Aranzadi, un libro ayuda a triunfar, con lo que iría listo. En sus cuadernos ha volcado la realidad de su vida, de pensamiento. Y de sus «circuntancias», como escribe muy finamente citando a Ortega y Gasset. De lo que protesta es de sus circunstancias, de la planificación de su vida sin su concurso, sin que él pudiera proyectar nada para hacerla. Y en esta protesta, el relato. Un relato apasionante, lleno de plasticidad, de movilidad narrativa, de reflexiones sensatas y a la vez profundas. Esto es un punto más allá del famoso libro de Oscar Lewis «Los hijos de Sánchez», que el autor tomó en cinta magnetofónica debidamente recortada. Aquel libro dio la vuelta al mundo. En éste no ha habido que recortar —según me dice su ordenador Gabriel y Galán— más que la abundancia para dejar el relato, el ensayo, la confesión —¿la novela?— en las proporciones de un libro de más de quinientas páginas.

«Best-seller» seguro, ya digo. Con todas sus consecuencias. Con toda la absorción que la sociedad de consumo tiene para todo lo protestario de nuestro tiempo. ¿Quedarán, al menos, el mensaje, la denuncia, la verdad de la protesta? Todavía no sabemos muy bien por qué canales o meandros, por qué grietas penetrará en las conciencias lo que Eleuterio quiere comunicar. ¿Qué queda del mensaje «hippy», qué de la pasión y muerte de «Che» Guevara, de la guerrilla palestina y de tantas hazañas declaradas culpables —porque el orden establecido tiene que defenderse—, pero en las cuales todos sabemos que la fatalidad, la injusticia colectiva y las peripecias de la historia han sido determinantes?

Ahora vendrán los sociólogos, los juristas, los políticos, los lingüistas, los antropólogos, los moralistas, los psicólogos y hasta los críticos literarios y los novelistas a mirar y remirar este texto que me parece más apasionante que el de Oscar Lewis. Para las vacaciones, primero. Y después... ¿quién sabe la onda, a los más varios niveles, de un «best-seller» de excepción?

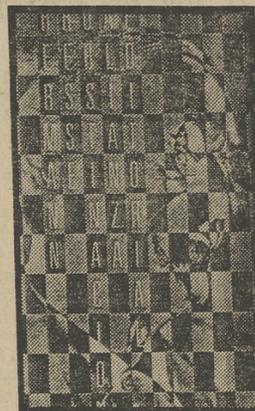
LIBRO MALO CON BUEN METODO

ADVERTIRAN mis lectores —sé que los tengo— que aquí no es frecuente la defenestración y ni aún siquiera el palmetazo. No me va el papel de Aristarco. Aquella labor de policía que tan imprescindible consideraba Clarín (policía en sentido de limpieza, no de busca y captura para la acusación), se ejercita aquí, dejando a un lado —¡ay! también se quedan, y eso es lo malo, por falta de tiempo y espacio obras valiosas— lo reprochable. Pero si el libro tiene un premio, un lanzamiento editorial ostentoso, una propaganda que obliga, no hay más remedio que afrontar, sin dolor de prendas, la verdad. Más aún, si el libro se anuncia, se distribuye y se vende con ayuda oficial como de difusión, de extensión cultural. Pongamos por caso un libro que edita la colección RTV. He hablado aquí de algunos recientemente que me han parecido muy apropiados (en la dificultad que representa en un tomo de esas dimensiones), con grandes elogios, como el dedicado a la poesía contemporánea por Luis Jimez Martos, y el referido a la literatura de hoy en Hispanoamérica, por Rafael Conta. Pero ahora me encuentro con uno bastante «falluto», como dicen en Aragón. Mis respetos para su autor, el profesor Ángel Garrido Gallardo, titular del departamento de crítica literaria del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y profesor de la Universidad Complutense. Y hasta mi admiración en lo que su libro de RTV «Literatura y sociedad en la España de Franco» tiene de apli-

cación formal de los más modernos métodos de la crítica sociológica. El trazado de estas líneas es realmente admirable. Pero ya me ocurrió hace años con un eminente profesor experto en el método estructuralista, en libro que comenté aquí: que la aplicación formal del método era buenisima, pero la lectura del texto comentado por el autor era más que incorrecta. (Se trataba del prodigioso soneto de Gerardo Diego al ciprés de Silos.) Hasta la transcripción era inexacta. ¿De qué vale el método?

Garrido Gallardo estudia la novela, y en el ensayo no abarca, comprendo que no le cabe —ni la lírica ni el teatro—, desde los días de la guerra a hoy. Ha manejado casi toda la mejor bibliografía sobre el tema. Habla con detenimiento de unos pocos libros representativos que conoce directamente o por las mejores referencias. De los otros, ni siquiera de oído. Malas —reiteradamente— transcripciones de títulos y del nombre de los autores, juicios a medias de libros que, sin duda, no ha leído jamás. Ristras indiscriminadas. Al libro de poemas «La espera», de José María Valverde, le pone entre las novelas. ¿Hace falta más?

Repito mis respetos al joven profesor. ¿Se podría arreglar el desaguado? No es aceptable confundir a la gente que ha de manejar —curiosos, ávidos, escolares— estos epitomes. Recuerdo que ese gran editor que se llama Carlos Barral



EL pasado día 2 de este mes hubiera cumplido Hesse cien años. Vivió ochenta y dos. Fue premio Nobel en 1946. Con altibajos —los bajos pertenecen a la arisquez y actitudes a contrapelo—, alcanzó, desde joven, gran renombre en las tierras de lengua alemana —alemán y suizo con procedencia báltica— y en el mundo entero. Últimamente, por su indomable rebeldía contra la guerra, contra la masificación y el establecimiento autoritario, por su «creación de valores a partir del caos», como dice Ziolkowski, por su búsqueda del sentido primigenio de la existencia en la cultura oriental —su «Viaje a Oriente», su novela «Siddharta», su anticipación del existencialismo y la



mandó recoger y sustituir la edición de una novela porque estaba plagada de erratas. ¿Qué hacer cuando no se trata de erratas, sino de errores?

CENTENARIO DE HESSE

creación de grandes novelas en nuestro siglo, con la energía de los mejores novelistas del anterior, se le está revalorizando constantemente. Entre los grandes santones de la revolución cultural «underground» —Luis Racionero le incluye en un reciente libro sobre el tema, que publica Anagrama—, está aisladamente este lobo estepario, este enfrentador de impetuoso contrarios en su espíritu y en su obra. Desde enero he procurado llamar la atención sobre su centenario. La traducción de sus obras ha crecido entre nosotros y contamos con especialistas en ellas. Pienso que no terminaremos el año sin dedicarle aquí el mayor espacio posible.

En Alianza Editorial, que ha publicado algunas de sus novelas —«Bajo la rueda», «El lobo estepario», anuncia «El juego de abalorios»—, aparece en estos días del centenario un conjunto de apuntes autobiográficos, con el título, muy convincente, de «Observación». El mismo escribe: «Una virtud hay que quiero mucho, una sola. Se llama obstinación.» Es, pa-

ra él, la obediencia que nada tiene que ver con la prestada a las leyes de los hombres, por las que ella no se pregunta; la obediencia a otra ley absolutamente sagrada: «La que lleva en sí mismo el obstinado, la del propio sentido.» En estas páginas se despliega el abanico de sus obstinaciones, desde la juventud hasta el último momento de su ancianidad. Su pensamiento, su formidable lucha, su incansable actividad, su pobladísima soledad, por lo amigo que era de las cartas. Buena introducción o buen resumen para el buscador de su obra. Aquí, como en los escritos de Witman, como en los de Unamuno, se toca hombre. Aunque sea buena verdad que nunca en sus novelas, sus grandes fabulaciones, tan llenas de vida propia y de símbolos universales, haya nada que tenga que ver extensamente con las pretensiones estéticas y formales del realismo, de la misma manera que, con representar tanto al lado de los grandes innovadores —Joyce, Gide, Manum—, tampoco aspire a crear escuela o fórmulas nuevas de novelar.

LA POLITICA EN LOS LIBROS

(Viene de la pág. ant.)

al que ha pertenecido ininterrumpidamente hasta 1970, en que rompió con él por las razones ya expuestas. Una etapa muy interesante de su vida, y que en gran medida le proporcionó el bagaje de conocimientos teórico-prácticos de carácter político y militar, fue la transcurrida desde 1932 a 1935 en la Unión Soviética, durante la que asistió a la escuela leninista y a una escuela militar. Estos conocimientos le facultaron para encargarse durante un cierto tiempo del trabajo antimilitarista del P. C. E., y, como es obvio, para, una vez iniciadas las hostilidades, seguir una carrera meteórica —que constituye el eje temático del libro—, ejemplar de éxitos. Se incorporó como simple militante, y al finalizar la contienda era coronel del Ejército republicano. Sierra de Guadarrama, Talavera, defensa de Madrid, Jarama, Gua-

dalajara, Brunete, el Ebro, Cataluña, entre otras, son algunas de las batallas en que participó y de las que deja vívida constancia en esta obra. Lister fue el comandante-jefe del mítico Quinto Regimiento, en el que nació el Comisariado político. Este regimiento envió al combate a 70.000 hombres, que eran instruidos y concienciados a todos los niveles. Dentro de él figuraba el denominado Batallón del Talento, formado en su mayoría por poetas, periodistas y escultores, entre los que cabe destacar a Miguel Hernández, Herrera Peteret, José Ramón Alonso (a no confundir con el actual director de PUEBLO), José Bergamín y otros muchos.

Las páginas que rezuman más legítimo orgullo son precisamente las dedicadas a describir las gestas y estructura de este glorioso regimiento, cuya acción se irradió a toda España y llegó a trascender las fronteras nacionales. Co-

mo hecho interesante de carácter extrabélico, Lister cuenta cómo, en base a las facultades otorgadas por el Gobierno a los mandos más altos del Ejército, casó en la Comandancia a un hijo de don Ramón Menéndez Pidal, asistiendo como testigo de bodas el doctor Gregorio Marañón. Un famoso escritor que no sale bien parado en este libro de memorias es Hemingway, cuyas «campanas» es juzgada como «una burda caricatura de nuestra guerra y la lucha heroica de nuestro pueblo». Una abundante ilustración gráfica, a base de mapas y fotos, contribuye a hacer más grato y visualizador el pormenorizado relato de los avatares político-bélicos vividos y descritos por este combatiente, que a los setenta años, edad que actualmente tiene, ha querido legarnos su personal testimonio de unos años que, y vaya como homenaje a J. Reed, conmovieron al mundo.

LABORDETA: CON LA VOZ A CUESTAS

DECIR Labordeta es decir Aragón, aunque suene a tópico. Labordeta —poeta, escritor, músico y cantante— está representando una de las máximas contribuciones al desarrollo de una poesía popular, cantada en la más vieja tradición del canto del pueblo. Labordeta —cuarenta y dos años, casado y padre de tres hijos, profesor de instituto en Zaragoza donde imparte clases de Historia a sus alumnos de C. O. U.— es uno de los ejemplos más claros de la poesía utilizada como arma estética para crear una conciencia regional y social, que lucha por depurar de la imagen de un pueblo el peso de tanta retórica y de tanto folklore acartonado.

José Antonio Labordeta no es el «profesor Labordeta», en cuanto que raramente se expresa con un estilo doctoral. En su conversación es directo y expresivo. Durante su breve visita de pocas horas a Madrid, Labordeta nos cuenta toda su actualidad como escritor, como cantante y como hombre político.

—En diciembre pasado prometí que iba a volver en febrero para dar unos recitales en locales populares, como las asociaciones de vecinos, pero esto ha sido imposible: me faltaba tiempo. Tenía por un lado las clases tres días por semana, otros tres días en los que, aunque no imparto clase, debo preparar las del siguiente, y sólo disponía de los fines de semana para cantar. Tampoco tenía tiempo para escribir; con el trabajo de la campaña electoral las horas estaban aún más recortadas. Este mes de julio estoy trabajando en pasar a limpio un libro de prosa, que se titulará «Con la voz a cue-
stas», y que es la historia de un cantante durante el verano de mil novecientos setenta y cinco, en el que ocurrieron hechos muy significativos, como los asesinatos de los guardias civiles y los policías armados, los fusilamientos de septiembre, la crisis de octubre, la enfermedad de Franco y su muerte el veinte de noviembre... Es un libro autobiográfico en el que reflejo el paisaje, los hechos y los acontecimientos a través de la gente de los pueblos donde actúo, y voy recogiendo sus impresiones y las mías.

—Cuando escribes un poema, ¿lo haces pensando que vas a ponerle música o en que su destino sea la publicación en un libro?
—Siempre diferencio los poemas para cantar y los poemas para publicar en libro. Con los poemas trabajo con una gran libertad de medida y de ritmo, les doy

una libertad absoluta; cuando escribo poemas para cantar me tengo que ceñir a una medida más definida. Los textos para una canción son más directos, más claros, más definidos. El poema entra a través de la óptica, es más meditado, puede leerse varias veces. La canción, no; tiene que llegar a través de la voz, debe ser más accesible. Ahora estoy escribiendo un libro de poemas que se llamará «Método de lectura», y me estoy divirtiendo mucho al escribirlo. En él defino lo que nos rodea, a modo de una improvisada enciclopedia escolar: la creación de la Tierra, algunas lecciones de Historia, la geografía en forma de canciones, las relaciones entre las clases sociales. Todo en forma de poemas absolutamente libres. Generalmente nunca tomo un poema de mis libros y luego le pongo música; este año sólo lo he hecho una vez con un tema sacado del libro «Poemas de amor y libertad», del que ha salido un texto para una canción.

José Antonio Labordeta canta desde 1968, aunque no grabó un disco hasta hace cuatro años.

—Canto desde noviembre del 68. Por aquel entonces di el primer recital en la Facultad de Medicina de Zaragoza. Luego canté en septiembre del 70 en Lérida, en el primer encuentro de la canción popular ibérica, junto a Ovidi Montllor, Miró Casabella y muchos otros. A partir del 73 he cantado con mucha más regularidad, siempre que no hubiera problema de suspensiones de recitales...

—Las condiciones en las que os desenvolvíais los artistas de canción-texto han variado favorablemente desde hace unos cuantos meses. Piensas que en el camino hacia una normalización democrática debe haber una transformación en los presupuestos de la «canción de

• «Estoy pasando a limpio un libro de prosa en el que relato mi experiencia autobiográfica del verano de 1975 y los hechos que sucedieron en aquellos días»

• «Los poemas para cantar, y los poemas para publicar en un libro tienen siempre una estructura muy distinta; nunca trabajo poniendo música a un viejo poema, sino escribiendo un texto para ser cantado»

• «En toda mi obra hay una insistencia hacia el recuerdo de mi hermano Miguel»

• «Un estatuto aragonés ha de tener otras características muy distintas a los de Cataluña, País Vasco o Galicia»

texto» española, en el sentido de que ya no sois tan marginados como lo fuisteis hasta hace poco, y que el país ya no es igual a lo que era hace unos meses.

—Sí, claro que tiene que haber una evolución. Esa evolución se demuestra en todos nosotros. Creo que Raimon está cambiando todos los días, creo en su capacidad de evolución. Como Albertí, que no escribe igual en 1977 que en el año 1940. Yo también estoy cambiando: «Regresaré a la casa» no la hubiera escrito hace ocho años, «Planta un árbol», que es un canto al socialismo, antes ni se me hubiera ocurrido hacerla...

—Pero esa evolución temática debe llegar también a lo musical, para no caer en una autolimitación en el sentido formal, que si en ciertos momentos pudo tener una justificación, ahora puede significar una fuerte limitación expresiva.

—Sí, claro que hay que cuidar la evolución musical. Ahora estoy cuidando mucho más los arreglos. Tengo a Luis Fatás, un músico que me acompaña; y en los recitales que hicimos como homenaje a mi hermano Miguel nos acompañó también Alberto Gambino. Los primeros recitales los hemos dado todos los cantantes de esta línea a voz en grito, en la segunda etapa nos veíamos obligados a utilizar los micros o el equipo de una iglesia, poco a poco íbamos comprando un altavoz, una guitarra mejor que la anterior... Ahora hasta La Bullonera quiere plantearse el montaje de un espectáculo, lo que a mí me parece perfecto. ¿Por qué íbamos a autolimitarnos en la cuestión formal-musical?

—En todos tus recitales hay una referencia y un homenaje a tu hermano, el gran poeta Miguel Labordeta, ¿hasta qué punto la sombra de Miguel se proyecta sobre tu trabajo como poeta y letrista?

—Mi hermano me ha liberado de muchas cosas. Cuando mi segundo hermano se casó, me pasaron a la habitación de mi hermano mayor. Miguel tenía una biblioteca espléndida, que yo empecé a usar... Humanamente, todos los que le conocieron afirman que Miguel era inolvidable. En toda mi obra hay una insistencia hacia su recuerdo.

—¿Por qué el homenaje de la primavera pasada a Miguel Labordeta no ha llegado a Madrid?

—Quisimos hacer una Semana de Aragón en Madrid, y dentro de ella un homenaje a mi hermano. Pero la convocatoria se retrasó y no nos gustaba hacerlo en plena campaña electoral. Que-

remos montar esta Semana con una representación de la obra de mi hermano «La oficina de horizonte» y el trabajo «Materiales de identidad» del teatro de la Ribera. También se montaría una exposición de pintura abstracta, ya que en el año 50, en Zaragoza, surgió la primera escuela de arte abstracto de España... Se montaría también una exposición de libros aragoneses, y otra de los cien primeros números de la revista «Andalán»...

—La conciencia regional ha surgido en Aragón más tarde que en Cataluña, Euzkadi, Andalucía o Galicia.

—En Aragón hay un problema muy claro: la burguesía es muy centralista, muy poco competitiva. Sin embargo, Aragón pidió en el año mil novecientos veintitrés su estatuto, y en el treinta y seis estuvo a punto de lograrlo y no lo consiguió por la guerra civil. A nivel de explotación, Aragón ha sufrido una gran pérdida de su identidad. Aragón es casi un desierto, con una concentración urbana en Zaragoza que alcanza límites irracionales, mientras que la emigración ha vaciado nuestras tierras. Esto no debería ocurrir si existiera una estructura económica racional. Se dice que Aragón no tiene recursos, pero Huesca y Teruel, que aparentemente son las que menos tienen, poseen unas posibilidades económicas grandes, unas materias primas muy importantes. En Aragón poseemos una gran cuenca fluvial, pero, como dice Joaquín Carbonell, «nuestros ríos se van camino del mar».

—El pasado año, con el asunto del trasvase, hubo algún intento de enfrentamiento entre Aragón y Cataluña.

—Los catalanes son un pueblo muy rico, los aragoneses un pueblo pobre. Hasta aquí, esa es la imagen que se ha dado de nuestros dos pueblos. Efectivamente ha habido un intento de enfrentamiento a través del asunto del trasvase. La oligarquía multinacional quiso demostrar que el agua era básica para Barcelona. Sin embargo, en sectores catalanes, como en la revista «CAU», se demostró que ese agua contribuirá a congestionar más a Cataluña y que ese agua sólo iba a servir para la industria petroquímica de Tarragona. Todas las fuerzas democráticas de Cataluña son plenamente conscientes del problema y entienden perfectamente los problemas de Aragón. ¿Qué se va a ganar con saturar aún más el perímetro urbano de Barcelona si hay zonas



que tienen una densidad semejante a la de Calcuta? Al capitalismo no le ha importado nunca la calidad de vida, sino sólo la defensa de sus intereses económicos

—Como hombre del Partido Socialista de Aragón, ¿cómo has contemplado los últimos acontecimientos?

—Yo soy un militante de base del P. S. A., un partido socialista, marxista y autogestionario. Nosotros nos planteamos una alianza electoral con el P. S. P. Frente al P. S. O. E. no había ningún enfrentamiento definido; el P. S. O. E. estaba muy poco implantado en Aragón, pero en las elecciones ha tenido una gran votación. Pienso que ahora va a haber un periodo de sedimentación en el que cada partido ocupará el lugar que realmente le corresponde. El pueblo ha votado el cambio, pero hace falta aún alguna clarificación. Como partido, el P. S. A. ha sacado muchos votos, y un escaño es importante teniendo en cuenta los escasísimos medios económicos de nuestro partido. A corto plazo, hay que seguir trabajando, aunque a la expectativa de la articulación definitiva del socialismo español.

—¿De qué forma has trabajado en esta campaña para tu partido?

—Vuelvo a repetir que yo soy un militante de base, el más de base de todos los militantes. A mí me dijeron que debía presentarme a las elecciones, yo no quería. Se me acusó de varias cosas y me movió el aceptarlo el siguiente razonamiento: si durante años había dado la cara a favor de un cambio hacia la democracia y el socialismo, ahora no podía negarme a apoyar esa opción de cambio y más con un partido sin medios, que sólo ha podido gastarse seis millones de pesetas en campaña electoral entre las tres provincias aragonesas. Por eso, al final me presenté dentro de la candidatura de mi partido, el P. S. A.

—¿Y no te ha dado miedo convertirme en un cantante «de partido» y no en un cantante «en un partido», lo que significaría someterse a una disciplina no ya como ciudadano, sino también como artista?

—Creo que ninguno de los cantantes que han participado en la campaña electoral lo ha hecho como cantante «de partido». En Aragón, lo mismo los cantantes que militan en el P. S. P., que los del P. S. A. o los del P. C. E. hemos actuado en fiestas conjuntas de todos los partidos, como en la que se celebró en Alcañiz el último día de la campaña. Lo mis-

mo Carbonell, que Tomás Bosque o La Bullonera hemos actuado para todos. Cuando la fiesta del P. C. E. yo también iba a cantar antes de que se suspendiera por la lluvia. Pero lo que no he hecho nunca ha sido cantar en medio de un mitin.

—La reclamación de un estatuto aragonés, ¿a qué nivel se contempla...? ¿por qué bien podría llamarse «estatuto» a lo que sólo sería una descentralización administrativa.

—Efectivamente, quizá quieran conceder un estatuto meramente descentralizador en algún terreno. Sin embargo, Aragón no tiene ningún sentido de nación. Nuestro estatuto tendría otro nivel distinto a los posibles estatutos vasco o catalán. Lo que los aragoneses queremos es, en primer lugar, que la planificación se haga desde Aragón, que ésta sea democrática y esté en función de los auténticos intereses del pueblo de Aragón. Yo creo que, de momento, no podría plantearse un *statu aragonense* político; nosotros no vamos a pedir un parlamento ni un ejecutivo aragonés. Lo que queremos es que la economía de Aragón se rija pensando en nuestros intereses y que Aragón deje de ser una especie de colonia, un desierto y una región con su personalidad regional muy difuminada... De todos modos la situación es más optimista en los momentos actuales, después de las elecciones que hace unos años. Y esto se está reflejando en la obra de todos nosotros. En mi álbum «Doce canciones de amor» se cantaba a la tierra, al agua, a la libertad, había una canción de cuna y se decía que todos debíamos tener capacidad para ir aceptando las nuevas condiciones... Sin embargo, mi primer álbum era desolador y descorazonador. El segundo, «Canto a la libertad», era más solidario, y ya había algunas canciones festivas e irónicas. El ambiente en mil novecientos setenta y cinco comenzaba a ser distinto. En el setenta y seis ya hay otro cambio, y en canciones, como el «Rosa, rosae», existe una visión retrospectiva. En el álbum en directo que acabo de grabar hay tres temas sociales sobre cuestiones actuales de las que yo quiero hablar, además hay una mayor investigación en el campo de lo popular y lo folklórico, y un tema, como «Regresaré a la casa», lleno de esperanza que seguramente hace unos meses no se me hubiera ocurrido cantar.

Manuel ESPIN

